CAPÍTULO LII.

Ignorancia de los sitiados sobre los acontecimientos de San Lorenzo.—Maximiliano se resiste á creer en la derrota de Márquez.—Principio de desunion entre los gefes imperiales.—Escasez de elementos de guerra.—Ingenioso artificio del general Arellano para la construccion de municiones.—Vacilacion de Maximiliano para abandonar la plaza.—Medios que se le proponen.—Ventajosa situacion de los republicanos.—Reflexiones.—Escaramuza del 24 de Abril.—Los desertores de la plaza anuncian que los imperiales se preparan á romper el sitio.—Vigilancia del segundo en gefe.—Visita de Corona á Riva Palacio.—Al amanecer del 27 de Abril, el general de Occidente se apercibe de que su línea es atacada y parte en su auxilio.—Riva Palacio pone sobre las armas á sus fuerzas.—Jimenez resiste á Castillo.—Triunfo de Miramon sobre la línea del Cimatario.—Corona encuentra á Rivera batiéndose en retirada, y ve confirmada la derrota.—Da sus órdenes y marcha en solicitud de las reservas.—Disposiciones del general en gefe.—Los imperiales vuelven á la plaza con mas de veinte piezas y un rico botin.—Ovaciones de triunfo.—Corona con los cazadores de Galeana sobre el campo de la derrota.—Rivera arrebata el convoy á los sitiados.—El archiduque manda al Regimiento de la Emperatriz que lo recobre.—El coronel Doria sale al encuentro y lo dispersa produciéndole numerosas bajas.—Los generales Guadarrama, Tolentino y Naranjo se presentan en la escena.—Miramon emprende el ataque.—Difícil situacion de los republicanos.—Oportuna llegada del general Rocha, con infanterías del Norte.—La batalla.—Heróica conducta del coronel D. Ignacio M. Altamirano.—Peligros que corre el general Corona.—Retirada de Miramon.—Cargas de caballería.—Estragos de la metralla.—El caudillo de Occidente recupera la línea.—La victoria.

El aislamiento de los imperiales era completo. Alguno de los comisionados y muchos de los correos que mandaron á México, pagaron con la vida su arrojo, porque conforme á la práctica de la guerra, á cuantos se les descubria complicidad grave con los sitiados, se les pasaba por las armas. La relacion de los espías que se ponian diariamente sobre el campo enemigo, no era bastante á persuadirlos de la derrota de Márquez.

Un dia que por un hombre escapado de la hacienda del Jacal, se informó á Maximiliano del desastre sufrido por el gefe de su estado mayor en San Lorenzo, contestó: que aquella noticia era inverosímil, porque Márquez nada tenia que hacer entre la capital y Puebla, sino entre México y Querétaro.

Sin embargo de esta resistencia para dar asenso á tan triste realidad, el aliento de los imperiales desmaya en silencio. La esperanza, esa noble deidad, que como madre cariñosa sostiene á todos los corazones amenazados por las grandes desventuras, no era ya mas que una sombra, porque hay ilusiones cuyo desengaño predice el desamparo, hay hechos cuya amarga certidumbre anuncia la soledad, y cuyos adversos precedentes, si se analizan por los hombres de Estado, no puede menos que considerárseles como síntomas de grandes crísis, que anuncian fatalmente la agonía y la disolucion.

Dentro de la plaza una sorda competencia entre los principales gefes, comenzaba á debilitar la unidad de la accion militar: los envidiosos del génio, actividad y osadía del indomable Miramon, murmuraban secretamente de sus ambiciosas miras, y trabajaban, aunque en vano, por que el archiduque desconfiase de su celo y de su lealtad. Las municiones de guerra se escaseaban cada dia mas y mas, hasta el grado de poner á prueba el conocido ingenio y aptitud científica del general Arellano, que mandaba construir proyectiles con las campanas de las iglesias, y cápsules fulminantes de papel. Aunque el hambre asomase su descarnada faz por todos los ámbitos del recinto fortificado, para el príncipe nada era mas terrible que el abandono en que lo habia dejado el general Márquez; Márquez, que hasta en aquellos dias era aún el depositario de toda su confianza.

Cuando Maximiliano deliberaba consigo mismo sobre el consejo que los gefes mas adictos á su persona le daban, de que se evadiera con una escolta, y que tomara el camino de la Sierra para bajar de incógnito á la costa y embarcarse, la idea que mas cruelmente lo atormentaba era la que dejando su ejército para salvarse, no cumplia con los deberes de su honor militar. En verdad que esta idea elevadísima en el fondo no era mas que la forma de un prolongado suplicio; pero en la realidad fué el eslabon que lo encadenó al cumplimiento de su trágico destino y de los destinos de México, porque los grandes hombres desde lo alto de un trono ó de un cadalso, desde el fondo de un calabozo ó desde su caballo de batalla, suelen decidir de la suerte de las naciones. Por eso Maximiliano en vísperas de su caida, que con el estandarte de la guerra en la mano no hacia, sin saberlo, mas que preparar la paz de la República, aparece en Querétaro, grande con sus desengaños y resignacion, simpático con sus desdichas, y aunque digno de que la historia condene sus errores, tambien de que lo enaltezca por la santidad de sus deseos y generosa consecuencia con sus partidarios.

En cuanto á Juarez, Escobedo y Corona, las cosas pasaban de otro modo: la justicia del cielo y de la tierra era suya; el cetro imperial y las valientes

espadas de sus defensores, iban atadas al carro de la civilizacion americana en que recorrian triunfantes el campo del porvenir y de la historia. Para ellos Querétaro, último y sombrío refugio del imperio, debia muy pronto sucumbir, mas que ante la superioridad numérica de sus ejércitos, ante la fuerza de sus principios y de su política. Unos dias mas de hambre dentro de la plaza, una poca de mas celeridad en la accion de los Estados y un asalto, era todo lo que necesitaban para alcanzar la victoria definitiva. Es verdad que el éxito de una batalla no da el triunfo á los sistemas; pero en México, si á principios de 1867 la república era ya un hecho, la monarquía y la política europea eran tambien para las clases privilegiadas el último de los desengaños.

Como esta situacion era visible para todo el mundo, notando los imperiales que todos los dias abandonaban sus filas para presentarse en las republicanas, hasta quince y veinte soldados, resolvieron, para distraer la atencion de sus tropas, emprender algun hecho de armas, y al efecto hicieron una salida el 24 de Abril sobre la línea del general Rocha: tuvieron la fortuna de sorprenderlo, y despues de una comprometida escaramuza, el coronel Gayon, que capitaneaba la columna de infantería y caballería, fué rechazado, pero volvió á la plaza con algunos prisioneros. Este hecho tuvo lugar frente al Cerro de las Campanas, casi al mismo tiempo en que los sitiadores concluian en este punto uno de sus trabajos de zapa.

Con motivo de que los desertores del enemigo anunciaban diariamente que los imperiales se preparaban á romper el sitio por el rumbo de Carretas, el general Corona redobló su vigilancia por toda su extensa línea, pero muy especialmente sobre la parte que se decia amenazada. Con tales antecedentes el segundo en gefe solia pasar la noche en el alojamiento del general Riva Palacio, que estaba precisamente en el punto que se aseguraba sería atacado; pero Corona tenia cuidado de hacer saber á los gefes de la línea el lugar en donde debian comunicarle todas las novedades.(1)

Al caer la noche del dia 26, el general Corona llegó al campo de Riva Palacio, visitó la posicion para tomar algunos informes, despues de lo cual ambos generales entraron en animada conversacion sobre los acontecimientos futuros y posibles para los imperiales. En estas disertaciones los sorprendieron las altas horas de la noche, y Corona resolvió, por tener ya noticias del extraordinario movimiento de la plaza, pasar allí el resto de ella, dando el correspondiente aviso á Escobedo y Régules.

Al amanecer, Corona oyó un fuerte tiroteo por el Cimatario; montó á caballo y marchó violentamente hácia el rumbo donde se veia el fuego. Riva Palacio hizo otro tanto para poner en accion sus tropas; el coronel Altamirano, que habia estado acompañando á estos dos gefes, salió para la línea de su tio el general Jimenez, que estaba siendo vigorosamente atacado en aquellos momentos por Castillo.

Al pasar Corona por la garita de Cuesta China, que ocupaban las tropas de

(1) La misma coincidencia antes notada - ó mas bien estaba presente Corona á la hora de los desastres.

Jimenez, observó que sin embargo de que los contrarios daban una ruda carga sobre ellas, no habian podido avanzar un palmo de terreno sobre la línea. El general continuó á galope, y sin querer dar crédito á sus propios sentidos, vió á la luz del crepúsculo del dia 27 y al vivo relampaguear de la artillería enemiga, que dos gruesas columnas, una de infantería y otra de caballería, entre espesas nubes de humo, ocupaban ya las dilatadas vertientes del Cimatario, y que los numerosos cuerpos de republicanos huian despavoridos: sus paralelas habian sido flanqueadas; sus carros, sus piezas y sus municiones eran conducidas á la ciudad; en una palabra, sobre la línea del segundo en gefe la vencedora espada de Miramon acababa de romper el nudo gordiano: el sitio estaba interrumpido y la puerta de salvacion quedaba abierta, á lo menos para la fuga de los intrépidos defensores del imperio.

Corona, no queriendo sobrevivir á tan grande calamidad, siguió adelante; pero en el camino le cerró el paso el general Rivera, que con sus dragones era el último que se batia en retirada: quiso avanzar, mas el gefe de la caballería le manifestó que todo sacrificio era ya estéril, porque la línea se habia perdido; que los únicos fuegos del campamento eran los que lo iban hostilizando, y designando con la espada algunos grupos lejanos de artillería, dijo: "Mi general, aquellos soldados que se ven en donde estaban nuestra retaguardia y nuestro depósito, son todos del enemigo."

Corona recobró su natural serenidad, y comprendiendo que no habia momento que perder, dió órden á Rivera de que continuara batiéndose en lenta retirada, pero de una manera tan valiente y sostenida, que no diera tiempo á que los adversarios tomaran la retaguardia de las tropas de Jimenez. En seguida el infatigable general de Occidente lanzó á escape su caballo sobre el cuartel general del Norte, en solicitud de las reservas.

Al pasar cerca de las fuerzas de Jimenez, desprendió un ayudante para que se informase de las novedades que allí hubiesen ocurrido, y para que diese órden al gefe de que se mantuviese firme, seguro de que muy pronto seria auxiliado. El ayudante alcanzó á Corona, y le dijo de parte de Jimenez, que si se servia mandar cubrir oportunamente su retaguardia, el enemigo jamas pasaria sobre su línea.

Corona encontró al pié del cerro de la Cantera á Escobedo, le participó el gran desastre, y con esa fé de los grandes demócratas que no ven en las desgracias de un dia mas que las vísperas de un triunfo; con ese juicio militar con que se calcula sobre un campamento como sobre el tablero de un ajedrez, el valor, el número, la posicion, los azares y la moral del adversario; pensando, no en las glorias de la bandera de Occidente que estaba próxima á ser sepultada en el campo de una deshonrosa derrota, sino en que aquel descalabro importaba decididamente una tregua para la victoria de la República; suplicó á Escobedo que le permitiera mover todas las reservas para auxiliar al general D. Manuel Márquez, que estaba con la brigada de Sinaloa en la hacienda del Jacal, que